



Monólogo para un actor joven

Fuensanta Muñoz Clares

(En escena, un actor joven que acaba de terminar su actuación. Ha representado a la bacante Ágave en «Las Bacantes» de Eurípides. En la mano lleva la máscara trágica de la «mujer rubia», pero aún no se ha despojado de la crespa peluca. El tirso, deslucido, yace junto a él. Está cansado y contempla, con insistencia y cierta repugnancia, una moneda brillante y pesada que tiene en la mano. Se quita la peluca y aparece su cráneo pelado y su expresión juvenil. En un rincón está abandonada una cabeza de cera que pretende imitar la de un decapitado.)

ACTOR JOVEN

Un talento de plata. Un hermoso, rutilante, pesado talento de plata. Nunca había visto una moneda tan grande... Si casi no cabía en la bolsa. Por todos los dioses, es un premio excesivo para un actor tan joven. Esto, esto vale la cruel y ciega emoción del rey Orodes: un talento.

No sabía el rey bárbaro cuán ignorante estaba yo de mis merecimientos. Después de la función, mientras trataba de contener el golpe alocado de mi pecho, ha venido un lacayo del rey con este justo regalo. Yo apenas podía responderle con malas palabras que no quería nada, que hiciera con la bolsa lo que le pareciera, y en esto, el viejo Cadmo me ha dado un empujón y ha arrojado la bolsa en mi regazo, mientras me decía con voz ebria: «Muchacho, toma lo tuyo, te lo has ganado... Ya se te irán pasando esos escrúpulos». Y él

En el año 55 antes de Cristo, Craso, el estadista romano, ya no joven, pero enardecido de ansias guerreras que eclipsarán las de su oponente Pompeyo, halló un fin estúpido y dramático. Vencido en Mesopotamia, en la llanura de Carrás, por el ejército parto del rey Orodes, su cabeza cercenada sirvió para representar en escena la cabeza de Penteo, arrancada por las Bacantes, entre las que se hallaba su propia madre, Ágave, en la obra «Las Bacantes» de Eurípides. Salvaje y oriental, el rey Orodes era un híbrido perfecto de cultura, crueldad y barbarie, por lo que premió con un talento de plata al joven actor que hizo el papel de Ágave.

A todos los actores inmorales y mediocres que en el mundo son, con mi más profundo desprecio.

mismo, lo recuerdo, mientras saludábamos, me empujaba hacia adelante para que recibiera las aclamaciones del público, como si pretendiera precipitarme en la orquesta.

¿Qué podría hacer con este maldito talento? ¿Quizás enviarlo, con un correo honrado, a los herederos del difunto general Craso? Podría, tal vez, comprar con él una pócima adormeciente que me calmara, o un buen cántaro de vino dulce que convirtiera el penoso recuerdo en

alegría, y la alegría en indiferencia, y la indiferencia en olvido. Tampoco sería desacertado pagar con el fruto de mi pasmo un sedicioso matón que devolviera la pesada broma a los autores del cambio de cabezas... ¡Maldita sea!... Parece que el dolor de la sangre cuajada me ocupa el cerebro como un huésped importuno... ¡Oh, demonios! (Se aparta a un lado con náuseas.) ¡Qué hedor insoportable!

Si hubieran diezclado a mi fami-

lia, ofendido a mi mujer, insultado a mis dioses, humillado a mi patria, no alimentaría tanto deseo de venganza contra ellos. Y el viejo Cadmo lo sabía todo. ¡Impúdico borracho! ¿De qué otra mente maliciosa habrá venido la fatal idea? Ah, pero han de pagármelo, ah, sí, han de pagármelo, no con un talento de plata, no, sino con sangre... Bah, tonterías... ¿Qué podría hacer yo contra ellos?

«Tu primer buen papel, muchacho», me decía Cadmo, «lúcete, lúcete. Si lo haces bien ante el rey, esta noche serás la reina del teatro».

Todo iba bien desde por la mañana, cuando los últimos ensayos han arrancado aplausos del mismo corifeo. El rey, que es un bárbaro muy repulido, ha venido a vernos a nuestro tugurio con un pequeño séquito. Dice que gusta estar entre los cómicos mejor que entre sus cortesanos. Y bien puede decirlo, pues siendo nosotros esclavos miserables, somos más libres que todos sus ministros. Mil veces ruedan nuestras cabezas en vano y siempre las tenemos sobre el cuello, pero, si por un capricho de la fortuna, cosa que no es rara, sus cabezas llegaran a rodar, jamás podrían volver a su sitio. Por ello son consumados comediantes, maestros del disimulo, fingidores del fingimiento; se les conoce en seguida, aunque nunca hayan pisado las piedras de una escena. Nosotros no tenemos necesidad de engañar a nadie. Porque si yo salgo a escena vestido como Ágave, y tomo las palabras de Ágave, y lloro, río, enloquezco como Ágave, todos saben que yo no soy Ágave, sino un jovencito agraciado, imberbe y de fina voz, que puede imitar los gráciles movimientos femeninos, convenientemente aderezado para ello. Y cuando el viejo Cadmo truena en escena por los miembros destrozados de su hijo Penteo, nadie duda de su auténtico ser de pederasta borracho; y sólo porque la gente quiere librar sus pasiones al engaño halagador del arte, y porque nosotros conocemos nuestro oficio, respetamos los cánones y el poeta nos

dejó bien servida la palabra, la gente llora con las lágrimas de Cadmo y lamenta la triste suerte de la infeliz Ágave filicida. Pero los cortesanos... Nosotros hacemos lo mismo que los falaces cortesanos del rey, pero no pretendemos engañar a nadie. Tal vez por eso el rey gusta de los actores.

Vino a nuestro tugurio, el rey en persona, y se sentó a vernos ensayar, en una silla que un siervo le traía, toda ella muy labrada. Otro esclavo le sirvió un licor caliente, mientras el corifeo nos tomaba la letra, pues exigía una perfecta pronunciación del griego entre los bárbaros. Al final de la tragedia, cuando Ágave entra, recobrando poco a poco su verdadero ser, y no recuerda nada de su anterior estado, cuando Dionisos la poseía como bacante, y el viejo Cadmo le muestra la cabeza arrancada a dentelladas del cuerpo de su hijo, el rey, oyéndonos ha soltado una terrible carcajada. Yo no sabía entonces por qué. Los dos, Cadmo y yo, nos hemos quedado paralizados, mudos, como piedras miliarias. ¿Qué habíamos dicho? En un momento me he visto devorado por los leones hambrientos que, según dicen, mantiene en profundos fosos, a los que alimenta con los cuerpos lacerados de sus enemigos. ¿Acabariamos así los cómicos por un acento fuera de su sitio? El rey, dicen, y debe ser verdad, habla griego, un griego algo rudo, como trompetas destempladas, es cierto, pero dicen que es culto y refinado, en exceso tal vez para un hijo del desierto... Su finura de gusto alcanza también a su natural crueldad. Es un perfecto y cultísimo salvaje. Todo eso, y más, pues la imaginación del miedo suele superar la realidad, se me agolpó en las sienes cuando el rey Orodes se carcajeó encima de nuestros versos. Ni a Cadmo ni a mí nos quedaba una gota de sangre en el cuerpo; toda la que teníamos había ido a refugiarse temerosa en el encogido corazón, que me parecía volverse cada vez más pequeño, sin poder soportar ya los embates de la sangre

aterrorizada. Entonces habló el rey. Se complacía en mi miedo, que era la medida de su poder, y me hizo el regalo de su condescendencia. Me golpeó la mejilla lívida y me dijo: «Muchacho, reserva tus emociones para el teatro». Y me invitó a compartir el licor caliente de su propio servicio. Los demás rabiaban de envidia; sobre todo Cadmo, que, habiendo padecido el mismo miedo, no encontraba la compensación que yo había merecido. Más por el vino, claro, que por el honor. Bien sabe él ahora que el miedo de los jóvenes es adorable, pero el miedo senil sólo ridículo... Después ha podido reírse de mí a placer, no por este primer sobresalto, sino por aquel posterior que luego vino. El que más ha disfrutado ha sido el viejo beodo de Cadmo, aunque no lo haya demostrado. Ya no le quedan risas en el rostro, sólo esa mueca retorcida con que me ha dicho que ya iría perdiendo los escrúpulos. La máscara no me dejaba ver la cínica mirada que debía tener al fin de la tragedia, cuando me empujaba hacia el foso y me decía: «Saluda, jovencito, lúcete, lúcete...». Y después, al vestuario, a echar las entrañas por la boca, y a someter el acelerado corazón. A punto de morir estaba cuando ha venido el siervo con la moneda de plata. El viejo Cadmo me ha hecho notar que llevaba en el haz un mono coronado de pámpanos, con un tirso en la pata delantera, y ha dicho que éste era el espejo en el que se debían mirar todos los cómicos. Estos bárbaros no tienen sentido del decoro. Una moneda tan grande como un espejito de dama... Un mono coronado... Un tirso florecido...

Todo iba muy bien. He salido como una auténtica bacante enloquecida, embriagada de triunfo, y aún me decía a mí mismo: «Adelante, muchacho, haz que estos bárbaros se deshagan en lágrimas. Recuerda cómo te ha distinguido el rey». Nada más empezar mi recitación, me he olvidado de todo. Era como si un velo sagrado cubriera lo poco que quedaba de mí bajo la tú-



nica, la peluca, la máscara. Iba desgranando los versos de Eurípides como si me los estuviera inventando, como si yo fuera ya y para siempre la infeliz Ágave, ignorante aún de que llevaba en sus brazos la cabeza de su hijo Penteo. Ay, y yo también ignorante de lo que llevaba en mis brazos. Tal como estaba ensayado, he salido tras el mensajero y he esperado, fingiendo dulce embriaguez, a que el coro estuviera dispuesto para nuestro diálogo. He comenzado con los versos aquellos que dicen: «¡Bacantes de Asia!», y todo lo demás, y cuando he llegado a estos otros: «Cacé sin lazo este cachorro de león salvaje», alzando los brazos para descubrir la cabeza de cera, y dejarla rodar libremente por el suelo, hasta que se detenga a los pies de Cadmo, he notado que pesaba más que en los ensayos, pero poseído de furor báquico, no he tomado en cuenta mi apreciación y he dejado rodar la cabeza. Nada he notado, como no fuera una exclamación ahogada en las gradas... Pero ya digo que yo era más la enloquecida Ágave que yo mismo, y yendo como demente frenético por el escenario, animando al coro con el relato de mi cacería sangrienta, manto al vuelo y el tirso en danza, no he percibido el silencio mortal que se había hecho.

El coro seguía respondiéndome... ¿no es cierto? Entonces, ¿qué de raro podía yo suponer? Creía que ese silencio, que al fin advertía, era por mí, a causa de mi impresionante arte de ficción, y eso me hacía engeguercerme más y más en el papel... Pero todos lo habían visto, todos menos yo, que iba ebrio de poesía, recitando apasionadamente los versos magníficos de Eurípides. Y así, convertido en la mismísima reina del teatro, hasta que ha salido Cadmo con los sudarios manchados de vino que simula la sangre del miserable Penteo, e impelido por sus palabras, tal como lo tenemos ensayado, he ido hacia donde estaba la cabeza, que yo creía aún máscara de cera, pues la habían maquillado con yeso y provisto de rubios cabe-

llos de estopa... Y, por todos los dioses, que no era máscara de cera, sino auténtica cabeza rebanada. Ay, si me hubiera muerto allí mismo, en el acto, qué curioso final para la tragedia... Mas no, me he quedado quieto, aferrado a las frías orejas del muerto, y ¿quién dirá que podía moverme o decir algo? Tan maravillosamente me he quedado de piedra, rígido y descompuesto, justo en el momento en que Ágave tenía que reconocer la cabeza de su hijo, que el público ha roto en aplausos, prescindiendo de todo decoro teatral. La despiadada ovación me ha devuelto a la vida, o al menos a la escena, y he recordado al fin lo que estaba haciendo. Eso era todo. Lo demás se me había olvidado y me preguntaba por qué tendría yo que encontrarme en algún lugar de este mundo, vestido de matrona, agrarrado a una cabeza muerta delante de un montón informe de gente. Ya no estaba seguro de ser en verdad Ágave, con aquella auténtica cabeza humana en las manos, un poco blanda por la descomposición y con un espantoso olor a sangre pútrida. Tampoco sabía a ciencia cierta quién era yo. No sé cómo he podido mantener el diálogo. Debemos llevar dentro un genio que se ocupa de mantener lo de fuera cuando se desmorona todo lo de dentro. Cadmo me iba soplando por lo bajo y la cosa venía a cuento de la maldita cabeza, de modo que él y yo hablábamos dos veces una en voz alta con los versos de Eurípides, y otra en un susurro con las particulares informaciones. Una cosa así.

(El joven actor hace ahora los cuatro papeles: él mismo como Ágave, su propia persona desconcertada, el actor viejo como Cadmo, el propio actor viejo, cínico y despreciativo.)

(Los versos propios de la tragedia van en mayúsculas. El diálogo por lo bajo de los actores, en minúscula.)

CADMO

MÍRALO BIEN, QUE EL TRABAJO DE MIRAR ES LEVE.

—Sí, anda, míralo, pero no te desmayes, polluelo—.

ÁGAVE

AY, ¿QUÉ VEO? ¿CÓMO LLEVO... «ESTO»... EN LAS MANOS?

CADMO

—Eso nunca lo sabrás, desgraciado. Auténtica cabeza romana, muchacho. Mírala y entérate bien—.

CONTÉMPLALO Y ENTÉRATE MEJOR.

ÁGAVE

DESGRACIADA DE MÍ; VEO LA MAYOR DESVENTURA.

CADMO

—No la tuya, sino la del difunto dueño de la calabaza—.

¿TE PARECE AHORA SEMEJANTE A UN LEÓN, «querida Ágave»? ¹.

—Así pasa toda gloria en este mundo. Ya ves—.

ÁGAVE

NO, NO. TENGO, MÍSERA DE MÍ, LA CABEZA DE PENTEO.

—Me desmayo, Cadmo. ¿De quién era este despojo?

CADMO

LLORADA ANTES DE QUE TÚ LA RECONOCIERAS.

—Era de Craso, un general romano que las tropas del rey han derrotado en el desierto—.

ÁGAVE

¿QUIÉN LO MATÓ? ¿CÓMO HA LLEGADO A MIS MANOS?

CADMO

—Ni escritos para la ocasión resultan los versos. Ya te he dicho que las tropas del rey—.

¹ «Morcilla» que el viejo actor se permite en el texto de Eurípides.

TRISTE VERDAD, ¡CUÁN A DESTIEMPO LLEGAS!

—Pero calla de una vez, y no murmures más—.

ÁGAVE

—Más murmuras tú que yo—.

HABLO PORQUE MI CORAZÓN PALPITA... POR LO QUE VAS A DECIR.

CADMO

¡TÚ, TÚ LO MATASTE Y TUS HERMANAS!

Y aquí el viejo Cadmo puso tal fuerza en su voz que yo pegué un respingo y un grito se ahogó en mi garganta... No sé cómo, una avispa salió zumbando amenazadora de la tráquea del muerto. Tenía aún la cabeza entre las manos agarrotadas, sin poder soltarla, como por maldición. Se me olvidó el verso siguiente hasta que el viejo Cadmo me lo sopló por lo bajo. El grito sobresaltado y aquella pausa tensa fueron de la máxima impresión para el público.

ÁGAVE

¿DÓNDE MURIÓ? ¿EN QUÉ CASA O EN QUÉ LUGAR?

CADMO

EN DONDE ANTES LOS PE-

RROS SE REPARTIERON EL CUERPO DE ACTEON.

—En la llanura de Carrás. Roma liquidada, un desastre—.

Y así, así, hasta que terminó la tragedia. Cuando salió Dionisos y dijo que Cadmo sería convertido en dragón, más hubiera querido yo que se convirtiera allí mismo en rata sarnosa, el viejo borracho indecente, y todos los demás, incluido el rey y sus cortesanos, en cerdos castrados... Para entonces ya se me había pasado la rigidez. Un temblor convulso me agitaba todo y me había hecho dejar caer la cabeza. El tableteo de mis huesos estrechocando era también muy adecuado para la representación de Ágave desterrada. La cabeza había rodado de nuevo por las piedras y me miraba desde un rincón con sus cuencas resacas y sanguinolientas. Ni me atreví a ponerla yo, como debía, junto con los miembros de trapo, en el sudario. Dos del coro tuvieron que colocarla allí y llevarse los despojos fuera de escena. Estaba aturcido y casi desmayado en los brazos de Cadmo. Malamente pude escabullirme del escenario, no con esa gravedad de heroína que tenía ensayada, sino a trompicones y abrumado, después de encomendar el

culto a otras bacantes, y mientras el coro recitaba el final:

«MÚLTIPLES SON LAS FORMAS DE LO DIVINO Y MUCHAS COSAS INESPERADAMENTE CUMPLEN LOS DIOS: LO QUE SE ESPERABA NO SUCEDE Y UN DIOS ENCUENTRA REMEDIO A LO DESESPERADO»².

«ASÍ HA TERMINADO ESTA TRAGEDIA».

El público exaltado aplaudía a rabiar. El viejo Cadmo hacía muecas bajo la máscara; tenía las orejas encendidas como fresones y me empujaba hacia el foso.

Vaya, amigo mío, vaya, así son las cosas... Un talento de plata, enorme y brillante, un mono coronado y un tirso florecido... Y yo, perdiendo los escrúpulos. ¿Qué importa nada, una vez que uno es un cómico?

Así empezó, así terminó esta tragedia. Mucho he aprendido yo esta noche sobre el teatro. Pero sigo preguntándome qué necesidad hay de la cabeza de Craso, general romano, para representar la cabeza de Penteo.

Murcia, diciembre de 1986

² Auténtico final de la tragedia «Las Bacantes» de Eurípides.